

RELATOS (II)

David Carvajal Garrido

Relatos (II)
David Carvajal Garrido

Esta obra ha sido licenciada bajo una licencia
Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España.



Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).
- No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

TERMINATRIZ

Esa noche había cuarto creciente. Era una bonita noche. Tranquila, sobre todo. Al menos eso se percibía por el ventanuco, donde una sonrisa blanca en el negro cielo evocaba gratos recuerdos en la mente de Ernesto. Recuerdos de una lejana noche como aquélla. Recuerdos que, por un momento, le hicieron sonreír. Sentado en la cama, rememoró con nostalgia cada instante a partir de aquél en que se miró al espejo aquella noche lejana.

* * *

Había quedado. Con una chica. Nunca quedaba con chicas. Y nunca quiere decir nunca. Jamás había tenido una relación con ninguna, a pesar de sus denodados esfuerzos. Cuando era más joven, en esa edad en la que aún está todo por descubrir, intentaba caer simpático, entablar conversación, pero no. Había algo en él que las repelía. Y no sabía qué podía ser. Veía cómo la vida pasaba frustrando todos sus sueños y dejándole como alternativa largos paseos nocturnos bajo la luna, únicamente a solas con su soledad. Y con sus poesías. Solía escribir hermosos poemas a musas que no existían de verdad, o que más bien existían por todas partes. Él las veía por todas partes: en un retrato en un cuadro, en un anuncio publicitario, en la calle, en la tele, en la intimidad de su mente y sus fantasías... Y escribía sobre ellas. Las escribía *a ellas*. Sobre el amor y la muerte, sobre la agonía, el llanto y la tristeza, sobre la angustia, la pena o la soledad. Aún escribe. Pero claro, ya no es lo mismo. Ahora sólo una musa le inspira. Sólo una aparece en sus sueños. Y en sus fantasías. Sólo una le aprisiona ese castigado corazón.

No sabía su nombre exacto, pero ella se presentó como Sol, porque solía decir que por el día brillaba. Sol no era muy guapa. Él lo sabía. Sabía que cualquier otro hombre más afortunado con las mujeres que él hubiera dicho que era una compañía un tanto incómoda a la vista, dicho con sutileza. Pero no le importaba. Le daba exactamente igual. Ella le había elegido a él, por encima de todos los demás. Sólo a él. Además, estaba desesperado. A sus veintiséis años no conocía aún el tacto de una caricia, la calidez de un susurro, la fuerza de una sonrisa o el sabor de un beso. Y esa noche llegarían todas esas cosas. Y quizá... quién sabe. Se estremecía sólo de pensar en ello, enfrente del espejo al que se miraba. En él, veía un hombre feliz. Diríase que guapo, aunque resultase algo presuntuoso. Esa noche se veía especialmente guapo. Se había duchado, afeitado, peinado, perfumado y vestido elegantemente de camisa planchada y pantalones nuevos, que estrenaba para esa ocasión. Se miraba y veía un rostro suave, algo pálido, adornado por rasgos un tanto pequeños y desapercibidos a excepción de sus dos bien diferenciados ojos. Llamativos ojos claros, casi blancos.

Un blanco azulado como seda estirada. A veces se preguntaba si eso no era lo que las espantaba de él. Pero había una que no le repudió. Una chica con la que había quedado esa noche y que no iba a desperdiciar. Se miró de nuevo en el espejo. Sonrió. Y se miró en *el otro espejo*. Esa ventana de su cuartucho por la que podía ver la luna. Estaba en cuarto creciente. Así que podría decirse que ese espejo también le devolvió la sonrisa. Cogió las llaves, la cartera, se puso el abrigo de raso y salió a la calle. Era una bonita noche.

Por el camino iba recordando cómo había surgido todo aquello. Su penosa vida, reducida a trabajar a tiempo parcial llevando la contabilidad y el papeleo en un modesto bufete de abogados (lo mejor que podía encontrar, dadas las circunstancias, y el hecho de que se le daban bien los números), así como la publicación muy esporádica de sus poesías en una revista cultural, no le ofrecía demasiadas oportunidades de relacionarse. Tampoco le proporcionaba un capital con el que se permitiera más que una vida muy humilde y sin caprichos, en un pequeñísimo y destartado piso de alquiler en el extrarradio. Así que tampoco frecuentaba muchos lugares en los que se codeara con ningún tipo de gente. Poco más que su casa, el transporte público (no podía permitirse un coche), el trabajo y “La Doble Esfera”, una elegante y algo bohemia cafetería a la que bajaba a veces al terminar la jornada, cuando no tenía mucha hambre a la hora del almuerzo y prefería esperar a la salida para comer algo. Allí se tomaba su irlandés con mucha nata de siempre, acompañado del croissant a la plancha con mermelada pero sin mantequilla de siempre. Tenía sus manías, pero como todo el mundo, suponía.

Un martes que estaba especialmente afligido por el hecho de que hacía varios días que no escribía nada, seguro de que su inspiración le había abandonado, llegó a la cafetería, pidió lo de siempre y se sentó en una mesa. Pero en lugar del encanecido hombre que le servía su *brunch* habitualmente, lo hizo una mujer que parecía algo torpe al servir y un tanto asustadiza. Al principio él no le prestó mucha atención. Sólo podía pensar en su bloqueo mental y en cómo los versos se negaban a salir de su pluma. Pero pasado un rato, tras llevar a cabo el irrompible ritual de untar la mermelada por todas partes sin que quedase un solo borde sin cubrir, se dio cuenta de que algo andaba mal. Su café. No tenía la nata suficiente. De hecho, *apenas* tenía nata. Indignado, llamó a la camarera. Ésta vino, le miró con sus pequeños ojillos oscuros y él la atosigó con las quejas acerca de su “irlandés desnatao” hasta que ella casi se puso a llorar. Entonces él se apiadó y dejó de gritar. Más calmado, le pidió con educación que por favor se lo cambiara por otro. A la vuelta y sin saber muy bien por qué, la miró con otros ojos. Tras un intento de sonrisa tímida, como arrepentida, ella se fue después a servir otras mesas.

Ernesto pasó el resto de la semana yendo cada día a la Esfera, a que le sirviera su camarera favorita. Poco a poco las miradas entre café y café fueron cobrando más significado. Llegó el viernes y tras cuatro días consecutivos acudiendo a aquel trato camarera-empleado cargado de complicidad, decidió al fin lanzarse. Tras poner en la mesa el café irlandés más cargado de nata de la historia de los cafés, él le preguntó:

- ¿A qué hora sales?

- A las seis -contestó ella casi de manera automática, como esperándolo y sobresaltada al mismo tiempo. Él continuó, sosegado:

- ¿Te gustaría que saliéramos a tomar algo después?

La cara de ella revelaba la sorpresa de alguien que oía una frase como si fuera la primera vez, pero también la de quien sabía había realizado un trabajo bien hecho, cargado de satisfacción interior. Finalmente se señaló el pecho con el índice de la mano derecha y dijo sin más:

- ¿Yo? Bueno, vale.

Cuatro horas después, a las ocho y veinte, Ernesto llegaba con diez minutos de adelanto a la esquina del puesto de lotería, donde habían quedado. Ella estaba allí desde hacía rato.

Se había puesto un vestido negro hasta los pies, en los que calzaba unas bonitas sandalias con poco tacón. La entrada primavera permitía ir un poco más ligero y más cómodo. La chica se había recogido el pelo en un moño y la verdad es que estaba preciosa. Se notaba que se había arreglado a conciencia. Nada que ver con el aspecto de camarera. Ernesto estaba algo nervioso. Consciente de que ésta era su oportunidad, sencillamente no podía permitirse cometer ningún fallo.

-Estás -le dijo, añadiendo tras una pausa contenida- preciosa.

Ella agachó la cabeza sin saber muy bien dónde meterse y contestó:

-Gracias.

Le ofreció el brazo y ella se lo tomó. Así fueron durante un rato, caminando en silencio sin rumbo fijo. Pronto llegarían a una cervecería que ofrecía cierto ambiente, y el silencio (único testigo de una escena en la que un hombre y una mujer caminaban pausadamente cogidos del brazo, sin que nada más les hiciera falta) quedó roto por un: <<¿Entramos?>>. Ella asintió. Algo después, sentados en la barra, ambos cogían las cañas que habían pedido. Poco a poco la timidez iba desapareciendo por ambas partes, y una animada conversación fluía con normalidad. Una conversación que demandaba más cerveza e ignoraba el tiempo, un tiempo que volaba hacia un trágico final, que ninguno de los dos esperaba, menos aún cruzando aquellas palabras amistosas que, tras un primer trago, comenzaban diciendo:

-¿Cómo es que no te había visto antes?

-Acabo de empezar en la Esfera. Llevo sólo esta semana.

-Pues lo haces bien.

-No es cierto. Recuerda el primer día que te serví. Me equivoqué.

-Ya. Pero piensa que eso hizo que me fijara en ti. Y por eso mismo ahora estamos aquí. Y gracias a eso, quién sabe.

Ernesto le dedicó una sonrisa entre cómplice y cariñosa. Ella bajó la cabeza, entre avergonzada y resentida, y añadió:

-Además, no creo que dure mucho. Nunca duro en un mismo sitio. Suelo vagar de un lugar a otro sin congeniar con nadie ni encajar en ninguna parte.

-Eso es porque el mundo es un ciego y necio inconformista que no ve de verdad lo que tú vales, lo que tú tienes dentro.

-Tal vez no tenga nada dentro. Tal vez solo soy una cáscara hueca sin valor. Algo que tú ahora ves, pero que querrías dejar de ver. Aunque pudieras sentirme, no podrías... Jamás podrías...

-¿Qué? ¿Qué no podría? No me dejes así y levanta esa cabeza, que me gusta verte la cara. ¿Qué no podría?

La respuesta llegó tenue, como desde dentro de un baúl cerrado.

-No, nada.

Pasaron unos instantes en silencio en los que el murmullo circundante parecía tan ajeno a aquella situación, que no merecía la pena hacerle el menor caso. Era mejor acabarse la cerveza sin preocuparse de nada más. No obstante, el severo hombre de la barra se acercó y le dijo a Ernesto en tono afable:

-Eh, hombre. Levante ese ánimo. ¿Quiere otra cerveza? A ésta invito yo.

-¿Y la señorita? ¿Es que usted no tiene educación? -le replicó abochornado-. Ponga dos más, y por supuesto que las pagaré.

El hombre, algo confuso, miró a su derecha donde su cliente le indicaba con un leve gesto de cabeza, allí donde había en la barra un vaso de cerveza, aún lleno y sin espuma. Sol no la había probado.

-La señorita. Sí, claro.

Al rato vino con dos cañas más y le puso una a Ernesto y la otra junto a la que probablemente ya estaría caliente, donde estaba Sol. Cuando el hombre se fue, ella se lamentó:

-¿Ves como no existo? ¿Te das cuenta de que para muchos no soy más que nada?

-No es así. Seguramente no te la ofreció a ti también porque vio que aún tenías. De todas formas no me gustó cómo parecía ignorarte. Olvídalo -siguió una breve pausa, un nuevo sorbo, otra pausa-. Además, para mí *sí* existes. Diría que me importas. Diría que lo eres todo.

Ni él mismo podía creer lo que acababa de decir. Ella se quedó de piedra. La situación pareció tensarse como las cuerdas de un violín. De repente, no sabía si quería irse corriendo a saber

dónde, mirarle a los ojos para ver lo que éstos opinaban sobre lo que había pronunciado, o sencillamente tomar otro trago y hacer como si no hubiera pasado nada. Al final, optó por un poco de las tres cosas, aunque no en ese orden:

-Lo siento. Y siento esa cara de sorpresa y de no sé qué más que se te ha quedado. Será mejor que nos vayamos.

Ella asintió con la cabeza en un movimiento casi temeroso, aún sumida en la perplejidad. Él cogió la chaqueta, pagó cuatro cañas más propina y salieron del local, dejando en la barra cuatro cervezas: una acabada, otra a medio terminar y otras dos ni siquiera empezadas.

Paseaban de nuevo por la calle, uno junto al otro. Ya no iban cogidos del brazo. Se dirigían hacia el parque, lo supieran o no. La noche pasaba fresca y muy tranquila. La gente en sus casas cenaban y veían relajadamente la televisión. Mientras, la luz de las farolas se demoraba a intervalos cada pocos metros en los apagados rasgos de estos dos caminantes nocturnos que ni siquiera tenían hambre ni nada que decirse. El silencio ya no tan sorprendente, pero sí igual de molesto, les estuvo persiguiendo hasta que, cuando ya casi llegaban al parque, Ernesto se disculpó.

-Acabo de darme cuenta de que aún no te he pedido perdón -calló un instante, y antes de que ella le devolviera la mirada y fuera a decirle unas palabras redentoras, siguió-. Por lo de La Doble Esfera. Me puse muy borde por un irlandés sin nata. Quiero decir con poca nata. Lo siento otra vez.

A lo que ella, devolviéndole la mirada y con gesto conciliador, contestó:

-¡Bah, no es nada! Aquello sí que no tiene importancia. Fue culpa mía. Ya te he dicho que soy una torpe, una inútil, una buena para nada.

-Para, para, para -le interrumpió-. Yo no estuve nada cortés, insisto. Pero es que últimamente andaba de muy mal humor.

-¿Puedo preguntarte por qué?

-Sí, bueno. Es que yo... Verás. Escribo.

-¿Escribes? ¿Escribes qué?

-Poesía. Soy poeta. He publicado algunas cosas.

-¿De verdad? ¡Guau! -a ella se le iluminó la cara, justo cuando entraban en el parque-. Me encanta la poesía. A veces siento como si pudiera meterme dentro de ella y sueño con ser la musa que inspira al poeta.

Qué coincidencia. El buen ánimo volvió a ellos. Ernesto se puso como loco. Las cosas volvían a ir bien y ésa sería su oportunidad dorada.

-Pues sí -continuó-. Y modestamente, he de decir que no lo hago nada mal. ¿Te gustaría leer alguno de mis poemas?

-¡Sí, me encantaría! Tienen que ser preciosos. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con ese mal

humor tuyo del que hablabas?

-Hablabas, sí. Ya no está. Verás, te lo explico. Me da un poco de vergüenza decir esto, porque parecerá que soy un poco raro.

-No me asustas -le espetó ella un tanto extrañada y cómica a la vez.

-No, no es malo. Sólo que tengo una costumbre que a algunos les puede parecer un tanto extraña -al llegar a este punto ella se mostró visiblemente expectante-. Suelo caminar. De noche. Yo solo.

-Eso no es tan increíble -repuso un tanto decepcionada.

-No, eso no. Pero quizá lo sea algo más el hecho de que hablo con la luna. Y ella me habla a mí. Es mi madre.

-¿Tu madre?

Sol tragó algo de saliva al hacer la pregunta. Efectivamente, lo que había dicho aquel hombre que estaba ahí frente a ella, tan sereno, tan normal que no cabía duda de que no lo decía en broma, no se podía creer. Llegados a este punto de la conversación, dejaron de caminar y se detuvieron.

-Ahora lo normal es que me des una excusa barata y te vayas a casa. Es lo que suelen hacer las demás.

Un gesto de indignación asomó en el rostro de Sol.

-A mí no me compares. Yo no soy “las demás”. Además, me ha parecido un tanto -permaneció un par de segundos eligiendo el adjetivo- curioso lo que me has dicho. Nada más.

-Sí, verás.

-Veré -le atajó con una sonrisa.

-¿Cómo?

-Dices mucho eso de “verás”. Es una coletilla muy graciosa.

Y se rió un poco. Él rió también. Sabía que era el momento. Había un banco muy cerca. Le hizo un gesto con la mano y ella se sentó. Él también lo hizo, a su lado.

-Sí, bueno -prosiguió-. Te decía que hasta hace poco, tenía una mala racha que me sumergía en un estado de indeseable acritud.

Ella lo miraba como hipnotizada, embebida, atenta. Él escogía cada palabra, tratando de encandilarla con su verborrea, fruto de tantas horas entre libros y más libros.

-La culpa de eso principalmente la tiene la luna. Ella es la fuente de mi inspiración. Hasta hace poco, no quería salir. No quería verme. Por eso no era capaz de escribir un solo verso más.

-Eso que dices es muy bonito -dijo ella con una lágrima a punto de brotar por su ojo.

-Pero desde hace nada, ha vuelto a sonreírme. Ha vuelto a asomarse en el cielo para mirarme con una sonrisa. ¿Y a que no sabes a quién he visto en esa sonrisa?

Tragando saliva, a punto de lanzarse hacia él para abrazarle, negó con la cabeza.

-A ti -fue la respuesta. En ese mismo momento, como si todo estuviera calculado, sacó un papel doblado de un bolsillo de la chaqueta, se lo entregó y siguió hablando-. Toma. Esto es una poesía que he escrito esta semana y que mereces leer. Tú me la has inspirado. Tú has sido mi musa. Es para ti.

La chica, presa de una indefinible mezcla de sensaciones, desdobló la hoja instintivamente sin saber muy bien lo que estaba haciendo, pero decidida y guiada por un sentimiento que le encogía el pecho. Finalmente leyó en voz alta y clara:

JURAMENTO

Encontrarte aquí en este claro escondido
ha sido luz como un rayo de esperanza.
Si no fue la Luna, quizá el Dios Cupido,
que así con sus flechas de amor nos alcanza.

Loco él, va disfrazado de celestino,
risueño y benefactor es como pocos.
Y no es un sueño, Mi Amada. Es el Destino.
Sí, el nuestro, sí. Loca tú, loco yo... Locos.

Dos presos que por locura encadenados
son unidos para siempre enamorados
más allá de toda gran fuerza o poder.

En esta noche hay luna llena, juremos:
“Nuestro amor será eterno, así nos amemos”
...Te perdí, mas no te dejé de querer.

Tras pronunciar el último verso, levantó la vista hacia el creador de aquellas tan bellas palabras. Esta vez las lágrimas corrían libre y alegremente por sus mejillas. No sabía qué decir. El mutismo poblaba sus temblorosos labios. Él la miraba con cara de expectación y comprensión al mismo tiempo. Nadie pasaba por allí. Estaban solos. Sus rostros se aproximaron imperceptiblemente, en un leve movimiento improvisado. Sobraban las palabras, pero ella se atrevió a pronunciar algunas.

-No sé qué decir. Es muy bonita. Un poco triste al final.

-¿Te parece triste? Pues no llores que a la luna no le gusta y llorará contigo. Y eso sí que será triste. Ahora sigue este consejo que ella me da siempre y recuérdalo para siempre: Nunca te olvides de sonreír.

Y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa. Y se besaron.

Tras el cálido beso, llegó inmediatamente un abrazo, casi previsto. Después se separaron un poco y se miraron el uno al otro, con ojos y labios encantados por la magia del momento. Sentados aún en el banco, agarrados de las manos, ambos tenían una misma sensación: que el corazón les iba a estallar en el pecho. Sus caras sonrientes y felices hablaban por sí solas. Los minutos pasaron y ellos permanecieron en ese estado sin importar lo demás. Por fin, él habló.

-Así me gusta. Que sonrías. Ahora la luna se iluminará como tú.

Los dos miraron a la reina de todos los astros del cielo. Resplandecía cornuda y creciente como la sonrisa de un gato, palideciendo la luz estelar de sus compañeras. Después, volvieron a mirarse, y ella le dijo:

-Besas muy bien.

-Pues no será porque tenga mucha práctica -repuso él algo avergonzado, intimidado, extrañado y halagado por el comentario.

-Creo que “tu madre” debe estar muy orgullosa de ti.

Al escuchar eso, y preso de una sospecha que no tardaría en indagar la confirmación, cambió radicalmente el tono, agachó pesaroso la cabeza y dijo muy serio:

-Yo no tengo madre.

Sol se sobresaltó un poco y, algo dudosa, finalmente optó por no decir nada. Él prosiguió, como si estuviera solo.

-Nunca conocí lo que la gente normal llama “mi madre”. Tuve un padre, eso sí. No me acuerdo de cómo se llama, ni sé si aún vive ni cómo está. Sólo sé que cuando yo era niño y le preguntaba que dónde estaba mamá, siempre me decía que “en el cielo”. Que se había ido lejos muy lejos y que desde allí me miraba y me veía crecer y que quería que sonriera y fuera feliz. Que ella estaba conmigo. Pero no estaba. Que me quería, pero yo no podía verla ni tocarla. No podía sentirla.

Al decir esto, hizo una pausa y siguió, tal y como estaba, mirando a un punto vacío e infinito de algún lugar del centro de la tierra; alzó levemente la cabeza, pero al momento se detuvo y la volvió a bajar, con los ojos puestos de nuevo en la misma chinita del suelo, y siguió hablando.

-Nunca me creí esa historia. Con el tiempo, a medida que fui dejando de ser niño, la curiosidad pudo con la inocencia y empecé a hacer mis averiguaciones. Indagué por mi cuenta, preguntando a mis amigos, a los compañeros del colegio. Uno de ellos me dijo que mi madre en

realidad no estaba en ninguna parte, porque estaba muerta. Esa historia tampoco me la creí. La vida pasaba y mi padre, que siempre parecía estar triste cuando creía que no le miraba, se empeñaba en decir que yo no debía estar con él, así que me mandaba unos días, sobre todo en vacaciones, a casa de mi tía, la única hermana de mi madre. Ella siempre me cambiaba de tema cuando le preguntaba: <<¿Dónde está mi mamá?>>. Tras eso, no tardaría mucho en hacerme mayor, en un cada vez más cerrado círculo de amigos, y una nula relación con chicas -hizo especial énfasis en esta última frase-. En cuanto tuve una oportunidad me fui de casa de mi padre, vagando con un trabajo mediocre hacia un piso maltrecho, sin destino ni rumbo. Sin aspiraciones ni alegrías -y aquí se alzó para vociferar-. ¡No como tú, que debes haber conocido muchos otros hombres antes que a mí!

La última sílaba flotó en el aire un momento y parecía retumbar en el ambiente. Sol no estaba allí. Se había marchado. Ernesto miró a un lado y a otro, buscándola. Por fin, la vio. Se alejaba por un caminito oscuro del parque. Iba agarrada del brazo de otro hombre. Se levantó con ímpetu y fue a paso rápido hacia ellos. Se enfurecía más a cada zancada, y hasta llegó a pensar en voz alta:

-Lo sabía. Sabía que hubo muchos otros. Que a mí me dejarías. Que yo no sería tu primero, como tú lo hubieras sido para mí. No es justo. ¡No lo es!

Ya casi los había alcanzado. No le habían visto. Todavía. Pero ahí estaban, tan juntos, tan unidos. Agarrados como lo estuvieran hace un momento esa misma chica y él. ¿Era la misma chica? ¿No era algo más baja? No, no. Era ella, seguro. ¿Y el otro? Qué importaba. El caso es que le ignoraban. No importaba a nadie. Sólo a su luna. Pero ella ahora no podía hacer nada, salvo esconderse tras una nube que cruzaba por ahí, para no ver lo que iba a pasar.

Qué hermosa estaba esa noche. Y qué sedosos y suaves tenía los cabellos. Incluso con los guantes puestos ofrecían ese tacto agradable. Así, con el pelo suelto y tumbada sobre su regazo, Sol parecía a los ojos de Ernesto una diosa entregada. Y sus ojos, abiertos, grandes y oscuros, devolvían una mirada reveladora, como si dijeran algo muy bajito, algo evocado desde su más profundo interior. Una imagen grabada, una canción. Sí, eso era. Una canción. Una muñequita. Eso era. Era como una muñequita, tumbada. Todo era como una bonita escena infantil, al abrigo del manto nocturno, a la pálida luz lunar. Feliz, Ernesto empezó a cantar. Una especie de nana improvisada. <<Canta conmigo>>, le dijo a Sol. Pero ella callaba. No se sabía la letra, pensó él. O quizá prefiera escucharme, siguió pensando. Y continuó cantando: <<El niño que lloraba miróse al espejo y en él comprendió de quién era reflejo>>. Y así prosiguió durante un rato, acariciándola, evocando a la vez lo que acababa de pasar y de cómo había llegado a estar así, con ella, desde que la viera con otro hombre: <<Le dijeron que brillaba de noche en el cielo Selene su mamá, el más bello lucero>>.

Todo fue muy rápido. Cuando los alcanzó, cogió al chico por el hombro y de un tirón le dio la vuelta. Presos de la sorpresa, la pareja quedó un momento en desconcierto, sin poder reaccionar. Ella gritó un poco. Ernesto sabía que de alegría. Había llegado su salvador. El otro, sólo dijo: <<Eh, tío, ¿qué haces?>>. Que qué hago, dice. Como si no me hubiera robado algo que es mío. <<Déjala>>, le dijo, <<ella estaba conmigo>>. La chica puso cara de duda. No, no era duda. Era satisfacción. Ella está contenta porque vengo a llevármela conmigo, pensaba. Se envalentonó y empujó al chico. <<¿Estás loco?>>. Claro que lo estaba, pero de amor. Por Sol. Ella gritaba. Tenía miedo. Miedo de que él se hiciera daño, por supuesto. Esto le alentó más, y volvió a empujarle, más fuerte. <<¡Que la dejes!>>, gritó. El otro tomó a la chica de la mano e intentó llevársela. No pudo. Como una bestia de la noche, Ernesto se deslizó hasta ellos en una zancada y los separó, asiendo sus manos en cada brazo de la pareja y tirando en sentidos opuestos. Tras eso, la soltó a ella, y con una rápida y complicada maniobra dotada de gran agilidad, tuvo al momento al chico apresado por la espalda, con el brazo retorcido y la cabeza inmóvil, fuertemente doblada hacia atrás por una mano que un instante antes encarcelaba con violencia la muñeca de la chica. Le tenía bien agarrado. A su merced. <<No le hagas nada>>, suplicó ella. <<Tranquila, cariño, no se me va a escapar, no me puede hacer nada>>, contestó Ernesto. Confusa, ella echó a correr, pidiendo socorro y a punto de llorar. Tenía miedo, claro. ¿Pero por qué, si yo estoy aquí?, pensaba él. Soltó a su presa, que cayó al suelo medio asfixiado, tosiendo y recuperando el aire, ya que le apretó tan fuerte que casi le estaba estrangulando. Y salió corriendo tras ella, que escapaba. <<¡Sol, espérame, yo... te... te...!>>. Pegó un salto y la agarró por las piernas. Ella dio un giro brusco y cayó. Al chocar contra el suelo, se oyó un chasquido sordo, como si se enfrentaran dos piedras. Él no dio mucha importancia a ese sonido. Se abalanzó rápido hacia ella, la colocó boca arriba, le tomó la cara. Parecía cambiada. Daba igual. Era ella. La besó. Enfebrecidamente. La meneó de un lado para otro, como una muñeca. Una muñeca inerte. Y como tal, no le contestaba. Estaba un poco rígida y parecía agotada, porque no se movía. <<No, no hables, pequeña. Sólo descansa>>. Diciéndole esto, más calmado, le puso una mano bajo la cabeza. Allí notó un tacto extraño, rugoso. Se miró la mano y vio que la tenía roja. Era un rojo muy bonito. Alguien había puesto allí un par de guantes, se explicó. Sujetando la pesada cabeza con la otra mano, se puso así el otro guante. Y sí, pesaba, pero eso era porque ella dormía plácidamente junto a él, mientras la acariciaba, muy quieta, callada, inerte. Como una muñeca.

La canción de cuna se interrumpió un momento, acallada por el estridente sonido de unas sirenas de policía. Ernesto, desde el suelo, arrodillado junto a su amada, vio cómo varios uniformados agentes se dirigían hacia él con pistolas en mano. El chico que antes iba con Sol estaba

con ellos. Vio cómo lo señalaba y los policías se acercaron más. Le apuntaron. Le dijeron algo. Pero él no lo entendió. Ni siquiera lo escuchó. No prestaba atención más que a lo único que quería estar con él, lo único que le quedaba ya, lo único que quería más que nada en el mundo y que jamás lo abandonaría. Estaba con su amada Soledad.

* * *

Volvió a mirar la distante luna. Sí, definitivamente, aquella noche fue maravillosa. Hacía ya que se le había borrado la sonrisa. Desde su cama, podía verla de nuevo a través del ventanuco, incitándole a recuperar la expresión de alegría. Por un momento, la ignoró. Era una bonita noche.

-Eh, tú, “Moonwalker”, ¿aún sigues despierto?

Desde el interior de su celda, miró de reojo al guardia al otro lado de los barrotes. No le contestó. Se limitó a dedicarle una sonrisa cargada de malicia, apoyándola con una mirada desde abajo, con sus ojos tan blancos como su querido espejo celeste. El vigilante de la cárcel, intimidado, no dijo nada más y siguió la guardia. Ernesto volvió la vista a la ventana, al espejo, con el mismo gesto. Y allí la vio. Allí estaba Sol. En la luna.

Y ella le devolvió la sonrisa.

FELIZ AÑO NUEVO

Son las diez. Llega tarde. Pero está a punto de venir. Se habrá entretenido un poco. Seguro que está con una chica. Está hecho todo un Don Juan. "Mi golfillo". No le gusta que lo llame así. Pero a mí me da igual. Me hace gracia. Cuánto le quiero. A veces tiene sus cosas, sí. Pero es normal. Está en la edad. Y tiene que tener la cabeza llena de pájaros. Yo a su edad era igual. ¡Ay, si yo hubiera tenido la oportunidad de vivir un poquito más la vida antes de que él llegara! Bueno, da igual. No me arrepiento. Aunque un poco raro sí que es a veces. No sé a quién ha salido. A su padre no, desde luego. Aunque a veces me recuerda tanto a él. Bah, no pienses en eso ahora, que es Nochevieja y tu hijo aparecerá de un momento a otro por la puerta. No seas tonta. ¿No querrás que te vea llorando, verdad? Mi niño...

Espero que no se retrase mucho más.

* * *

21 de Diciembre

Vacaciones. Por fin. Navidad. Alegría. Felicidad. Mierda. Todo mentira. Todo falso. Burda mascarada que embellece los rostros de las personas con falsas sonrisas; que engalana las calles con luces y colorines; que embelesa los hipócritas corazones de una podrida y consumista sociedad, enriqueciendo a los ricos y entristeciendo a los pobres, cuyo mayor regalo sería un techo en el que pasar la noche y un bocado que llevarse a la boca. No todos tendremos un regalo estas navidades. No el regalo que realmente deseáramos obtener. Y yo menos que nadie. Sé que debo estar contento. Soy joven, un chico de diecisiete años que vuelve a su casa del instituto, el último día de clase del año, con las notas en la mano: cuatro sobresalientes, dos notables, un bien y un suficiente. Maldita literatura. Odio *esa* literatura que nos hacen tragar. Y se supone también que debería ser feliz, tengo toda la vida por delante, una madre que me quiere muchísimo y a la que daré una gran alegría con este papelajo y sus ocho calificaciones. Meras palabras que poco significan. Se supone que debería estar feliz. Muchos de mis compañeros me envidian. No saben cómo dirán en casa todas las asignaturas que les han quedado. Temen que por ello este año los Reyes Magos no les traigan nada. ¡Ja! De todos ellos me mofo. Porque no. Yo no soy feliz. Y no puedo serlo porque tengo un castigo mucho mayor que el de todos ellos juntos. Soy diferente. Mucho. A mi edad, soy *demasiado* inteligente. Ser consciente de mi propia unicidad en este mundo; mi no-pertenencia a ningún nada; mi exclusión de todo todo. Es horrible. Aquí, en este puente bajo las vías del tren, hago lo único que me reconforta un poco: escribir en mi diario. De vez en cuando pasa alguno, y su familiar y reconfortante traqueteo me llega de arriba, apaciguándome como una bonita canción de cuna.

Mejor me voy ya para casa. Mamá debe estar preocupada. Para variar.

* * *

Las diez y veinte. Y sin venir. ¿Le habrá pasao algo? No, no creo. Es muy listo. Sabe lo que se hace. Es un poco rebelde, sí. Pero es normal. No es que me haya salido así. Con todo lo que he pasado y he sufrido por él. Pero no tiene la culpa. Ha crecido sin padre. No tenía un modelo a seguir. A veces tiene sus cosillas, sí. Pero es lógico. Está en la edad. Le queda mucho por aprender.

A ver si viene ya.

* * *

22 de Diciembre

Ya ha pasado un día desde las vacaciones. Comienza el invierno. O eso han dicho en la televisión. Esa caja tonta que tiene pegados a tantas personas con idiotizantes programas basura, absurdas formas de rellenar el tiempo a la par que sus huecas cabezas. Y entre ellas está mi madre. Ahí se ha pasado toda la mañana mientras iba y venía para ver cómo iban las judías en la olla. Ahí ha estado, con el décimo en la mano, confiando en una suerte inexistente, convocando a San Pancracio que cure su desdicha dando respectivamente a cada niño de San Ildefonso la bola concreta: a uno la que tiene esos cinco números que aparecen en su décimo; al otro la que tiene los tantos ceros a la derecha de otro. Azar y números para mí. Nada más. Suerte, ilusión y santidad para millones de personas. No sólo es cosa de la tele, pero sí que es lo que tanta parte de culpa de todo ello. Y los que mandan, por supuesto. El mundo debería regirse por otras normas. Pero, ¿cómo ofrecer la buena miel a un asno que no la merece? ¿Que se conforma con un insípido sucedáneo de jalea de tercera clase? Si ya lo decía Nietzsche: <<los menos>>. Cada día que pasa odio más la sociedad. Y con ello, amo más la soledad.

Hoy no ha ido a trabajar. Se encontraba mala, decía. También aseguraba que como le tocara el gordo no iría a trabajar nunca jamás. En toda su vida. Que ya había trabajado bastante. Mi madre. Esa pequeña gran sufridora. Víctima y a la vez culpable como tantos otros de la sociedad actual. Cuando ha acabado el sorteo, ha mirado y remirado el décimo con expresión apenada. Cuarenta euros tirados a la basura y una decepción más. Al alzar la cabeza me ha visto observándola desde el umbral de la puerta que da al recibidor y ha sonreído diciendo: <<Pues ná, que no salimos de pobres>>. Me he dado la vuelta, he cogido la puerta y me he ido, no sin pensar en que, pese a su sonrisa, había dicho aquello conservando un cierto deje de tristeza.

Mi paciencia está empezando a agotarse. Creo que ya no aguantaré por mucho tiempo. No puedo más. Llevaba bastantes meses con ello en la cabeza, y me parece que de esta Navidad no pasa. Aún sigo esperando esa señal que necesito. Esa luz que me hace falta para dar el paso y alcanzar lo que sin duda estoy seguro yace aguardándome. Un destino único, asombroso, grandioso, reservado exclusivamente para mí. Y presiento que está cerca. Las navidades de este año están siendo bastante reveladoras en ese aspecto. Al año próximo comenzaré la universidad. Otra dura carga para el ya gastado lomo de mi madre. Una burra con aguante infinito en apariencia. Aún no sé lo que haré. No he decidido mi futuro. Ni siquiera me apetece entrar allí. Pero a ella le hace mucha ilusión. Dice que se siente orgullosa. No sé. Ya veré. Aún queda. No quiero pensar en eso.

* * *

Y tampoco quiero pensar ni escribir sobre la cena de Nochebuena de ayer. Ni de cómo la pasé en compañía (obligada, por supuesto) de mis primos pequeños. Niños. Personas aún por socializar. Bestias. Criaturas insoportables que hube de soportar. Allí, en casa de mis tíos, como cada año, aguantando la forzada citación por la que según una estúpida tradición que todo el mundo repite año tras año, tenía que estar feliz porque sí. Peor aún: por el mero hecho de ser Navidad. Mentira. Todo eso lo hacía por mi madre. Porque está sola en la vida. Sí, me tiene a mí. Pero sólo a mí. Y por eso en Nochebuena *hay que ir* a casa de su hermana. Para que no se cumpla la escena de vernos a los dos solos, en casa, pelando langostinos y dejando que la estúpida televisión sea la única que rompa el silencio con sus estúpidos programas especiales y su absurda estupidez hipócrita. Bueno, también estaría Fobos. Pero ese viejo perro ya no es lo que era. La edad y la pérdida de Deimos le han mermado mucho la alegría de antaño. Junto con la mía. Esa perra era un cielo. Pero el cabrón que la envenenó con esa carne en el parque no debía pensar igual. Ya no es lo mismo. Ya nada es lo mismo. El pobre Fobos también se resiente con el duro paso del tiempo. Antes, cuando yo era niño y él cachorro, lo pasábamos en grande. Y también con la pequeña Deimos. Me hacían olvidar. Pero ahora una está alimentando a los gusanos y el otro tiene sus huesos gastados y su alma cansada. No, definitivamente, ya no es lo mismo. Ahora puedo darme cuenta de las cosas. Y a veces me lamento de ello. Preferiría ser uno más. De la masa. Otro cordero torpe y simple. Como mi madre. Ella vive y vive. Sin más. Y yo no quiero. Más bien no puedo seguir llevando esa carga. No soy capaz de aceptar ese legado. Yendo a cenas como la de anoche. Sintiéndome allí, preso, atrapado, tan solo entre tanta gente, viendo a todos tan estúpidamente felices. Hoy serán los mismos de siempre. Y yo no puedo.

He de hacer algo. Y pronto.

* * *

**“¿Y el Amor? El Amor es una vieja puta vestida de domingo que,
aunque siempre tiene clientela, a decir verdad está más sola que la una.”**

* * *

¿Dónde se habrá metido? Ya casi son las once. Y todavía no está aquí. Ya me podía avisar de que ya viene para acá. Me está preocupando. Sabe que no tiene hora de llegada, que él ya es mayor para hacer lo que quiera. Le doy toda la libertad del mundo y él lo sabe. Porque confío en él. Que vaya notas me saca. Mi niño, que al año que viene irá a la universidad. Y yo que me he matado a trabajar por él, para que estudie y se haga un hombre de provecho. No como su padre. Menos mal que se fue. Nos dejó. ¿Y qué? Yo sola he salido al frente y he podido seguir adelante. Sin su ayuda. Sólo lo siento por él, que no ha tenido todo lo que me hubiera gustado darle. Como los otros de su edad. Que no he salido nunca a ninguna parte ni me gastado un duro para que no le faltase nunca de nada. Tampoco hemos tenido caprichos, es verdad. Siempre un poco justos. Y con el miedo de si a mí me pasaba algo o me echaban de la cafetería, porque él se tuviera que poner a trabajar y dejar los estudios. Y eso sí que no. Con la ilusión que le hace ir a la universidad, que yo lo sé. Que va para médico, o ingeniero, o abogado, que yo lo sé. Que vale mucho.

A ver si viene ya. Voy a ver el especial de Nochevieja, que este año seguro que está muy bien.

* * *

**“No hay año que no tenga cien males.
¿Pesimismo? ¿Autocompasión? ¿Razón?
No son opciones. Son caminos a la Verdad.
Son mi ser.”**

* * *

29 de Diciembre

Hoy es un día horrible. Porque sí. No me gusta nada el calor. Y este invierno está siendo imperdonablemente atípico. No hace el frío que debería hacer. El frío sí me gusta. Entumece los músculos, debilita las pasiones, fortalece el cuerpo propiciando su readaptación térmica y sobre todo alimenta la razón, haciéndonos pensar con la cabeza fría, que se dice. Bueno, eso no siempre es así. Pero sin duda, al irse el invierno y con la llegada de la primavera, parece como si la gente deseara dejarse llevar. Surgen los deseos reprimidos, imperan los impulsos contenidos, acontecen los arrebatos congelados. El invierno alberga todo eso, atrapando la fuerza con que el humano, ese pobre idiota, es capaz de cometer los errores más condenadamente estúpidos. Como animales. Sin

más. Deprimente. Patético. Absurdo. Eso es lo que pienso. Y no sólo una vez. Ni dos. Tropiczan un número indefinido de veces sobre la misma piedra rozando el borde mismo de la descalabradura. Y un alto porcentaje de ellos sí que llegan a romperse la crisma. Después, se acude a la misma explicación: la de que simplemente surgió. O esa otra de que fue un accidente. Claro que sí. Pero el fruto de todo eso no es más que una sombra que ni siquiera puede tocarse a sí misma. Una brisa que vaga solitaria entre la muchedumbre. Sin respuesta. Un grito sin eco. Una luz para la ceguera. Un viajero sin destino, ni fin...

Yo.

* * *

¿Cuál fue el primer error de mi madre? Enamorarse. ¿Cuál fue el segundo? Del hombre equivocado. ¿Y cuál fue el definitivo, el mayor y más deleznable de todos? Acostarse con él. ¿Resultados de todo eso? La mayor de las abominaciones. El peor de los avatares. La prueba irrefutable del advenimiento del mismísimo heraldo del diablo. No me extraña que mi padre tuviera miedo y nos abandonase. No me extraña que mi madre intentase en vano llenar su hueco con otros hombres, intentando aún más en vano que yo les aceptase como padres. Y no me extraña que el mundo gris que me rodea me haya tratado como lo ha hecho. Porque yo soy un Dios y por eso me temen. Y se me reserva un sino que otros jamás concebirían y ni mucho menos llegarían a comprender, mucho más allá de lo que alcanzan sus reducidas cabezas.

Pues yo soy el fruto de un accidente.

* * *

Once y media. Y la cena ahí. Fría. Pronto saldrán los de todos los años para contarnos los cuartos, las doce y tal. Para que nadie se confunda. Que luego siempre se confunde alguno. A mí a veces me ha pasado. Pero ahí estaba él para decirme: <<Espera, mamá, que todavía son los cuartos>>. Y luego nos las hemos comido juntos. Con toda la ilusión del mundo. Besos y Feliz Año Nuevo. A ver qué viene en el que entra. Aún no se lo he dicho. Se lo tengo que decir. Esta noche. A ver con qué humor viene, porque con lo que está tardando lo mismo está por ahí discutiendo con un amigo. Como le gusta tanto discutir. Pero no hablar. Luego le pregunto de sus cosas y me dice: <<Déjame en paz. No me apetece hablar>>. Y con eso no me cuenta nunca nada. Es bueno, es listo, pero también tiene sus cosas malas a veces. No se merece nada de esto. Pero ya se va a acabar. Se lo tengo que decir. ¡Qué contento se va a poner! Esta noche después de las uvas se lo digo. Si ya no es por mí. Es por él. Que va a ver a su padre después de tantos años. Qué cara se le va a quedar cuando le diga que ha llamado y que vendrá esta noche después de las campanadas. A vernos. Porque sí. Qué sorpresa.

Bueno, vamos a preparar las uvas.

* * *

“No hay objetivo sin fracaso.

No hay oscuridad que no ilumine, ni sombra sin cuerpo (¿o sí?).

No hay nada que merezca la pena, salvo la Nada.”

* * *

31 de Diciembre

Al fin. El día. No necesito más pruebas. Con mirar a las estrellas me basta. Allí, en el cielo oscuro, titilan algunas mientras otras emiten con fuerza su luz. Las últimas deciden apagarse. Todo está en calma. El silencio me rodea y la ausencia de toda presencia me dice mucho más que todo un reguero de insulsas palabras. La fugacidad. Sólo existe una cosa que se escape de ella. Sólo una que esquive la futilidad y la banalidad de todas las cosas. El Caos. La intrincada maraña que rige el Universo. Y precisamente su infinita dependencia de las pequeñas cosas es lo que la exime de respetarlas. Porque nada se tendría por qué venir abajo si no fuera por el valor dado a aquello que no es importante. ¿Contradicción? ¿Paradoja? Puede. Pero a nadie tengo por qué explicárselo si sé que no lo van a entender. Yo lo veo claro. Y me basta. Pues lo que otros llaman locura, yo lo considero lucidez. Omnisciencia. Pues yo soy pura contradicción, al fin y al cabo. Yo existo. Y no. Yo creo. Y no. Yo muero. Y no.

Pero se acabó. Poco sentido tiene ya. Todo lo que haya debido plantearme ya lo he hecho para llegar a este punto. Y si no, que le den. Me da igual. No me importa en absoluto el final, como tampoco los medios. Sé que los míos son los correctos, que actué adecuadamente. Y el fin... ¡Ah!, el Fin. Ahí está. Aguardándome con paciencia.

No debo hacerle esperar más. Allá voy.

* * *

Me he parado. Un poco. Sólo para escribir. Para escribirlo todo. Quizá algún día alguien encuentre esto y lo lea. Tal vez le guste. O no. Tal vez se sienta identificado con el hombre encerrado en el cuerpo de un niño que aquí se desnuda. Tal vez haya otras almas disfrazadas con la piel de la complacencia y el manto del conformismo. Para que, de entre ellas, sólo las que osen desvestirse y mostrarse tal y como son, sólo a esas, puedan ir dirigidas estas palabras. El resto del mundo no me importa. Y basta ya de retrasos. He de continuar. Es la única manera de no sentirme solo. El sonido de las piedras de las vías es lo único que me acompaña. Si me paro desaparecerá.

Sí, he de continuar.

* * *

“No hay Principio sin Fin.

No hay Causa sin Efecto.

¿Y al revés? La Verdad es sólo un punto de vista.

Y la cordura es ceguera.”

* * *

Ya se ve el reloj. Marca las doce menos cinco. El ambiente no puede estar más animado. La gente en la calle tira sus primeros petardos. En sus casas esperan ansiosos que lleguen las doce. Y yo aquí, sola. Mirando la tele y la felicidad de la gente, que esperan el Año Nuevo. Y yo aquí, sola. Y el reloj de la Puerta del Sol, tan grande, tan redondito. Parece casi un cuadro muy bonito del que no puedes apartar la mirada. Te atrapa. Como a todos los que están ahí con sus uvas en la mano. O en sus casas, con sus uvas en un platito. Todos juntos.

Y yo. Aquí. Sola.

Poco me cuesta imaginar al resto del país en este momento. Deben estar todos atentos al monstruoso mecanismo del centro de la ciudad, como si ese maestro del tic-tac fuese también el centro del Universo. Un dios vehemente que con sus manecillas hipnotiza a millones de borregos cada año en el mismo instante. Millones de personas haciendo el mismo gesto sólo porque un reloj suena doce veces. Definitivamente, el mundo es estúpido y no lo sabe. Y entre todos ellos estará mi madre, pendiente del televisor, preguntándose dónde me habré metido. Y yo aquí, delante de un túnel negro como boca de lobo que no para de llamarme y recordármelo.

Que estoy solo.

Quedan dos minutos. ¿Y por qué me estoy acordando del otro? Maldito cabrón. Me ha llamado, sí, ¿y qué? Para decir que al final no viene. Estaba bastante borracho. Anda que no se le notaba. En la voz. Ésta sí que no se la perdono. No por mí, sino por su hijo, que no le puede hacer esto.

Qué cosa tan curiosa lo de la radio. ¿Dónde se habrá metido?

Apenas puedo ver aquí dentro. Suerte que estoy acostumbrado a escribir a oscuras, bajo las

sábanas de mi cama. El silencio y la paz absolutos me reportan la sensación más agradable jamás percibida. Es como si el tiempo se hubiera detenido. No podría estar más feliz. Un momento. ¿Qué es eso? Allí, al frente. Parece... ¡Lo sabía!

Es una luz. Y se acerca.

Así que este año van a conducir un tren por el túnel de aquí cerca justo en el momento de las campanadas. Para honrar la muerte de un chico joven que pasaba por allí hace un montón de años, cuando se inauguró el tramo, también en una Nochevieja a las doce en un viaje especial. Iba a ser un evento grandioso, pero el chico apareció de entre la nada y la oscuridad y el maquinista ni le vio. Lo arrolló completamente y no se pudo hacer nada por su vida. Eso han dicho en la radio esta tarde. No sé por qué me he acordado de eso ahora.

Atenta, que ya va a empezar.

¡Sí! ¡Ya viene! Esa luz al final del túnel. La veo. No podía ser más perfecto, más ideal. ¿Qué es esto? ¡Me invade! ¿Qué me pasa? Es la Inspiración en estado puro. No puedo dejar de escribir. Es... es una... es una revelación, una dulce epifanía. ¡Sí, eso! Y lo estoy alcanzando. Estoy llegando al mismo éxtasis supremo. No es sólo eso. Se acerca aún más. La apoteosis.

Llega, por fin.

“¡Dindón!”. Una. ¡Ay, no! Que son los cuartos. “¡Dindón!”. Si estuviera él aquí... “¡Dindón!”. Ya me lo habría dicho. “¡Dindón!”. Ahora sí. “¡Don!”. Una.

REVELACIÓN

“¡Don!”. Dos.

No, esta noche no. Conmigo,
a solas. Entre arbustos
encogido. Y un testigo:
el cielo. No han los disgustos

“¡Don!”. Tres. “¡Don!”. Cuatro. ¿Dónde estás, hijo mío?

en este mismo momento
o lugar. Aquí, escondido.
Las luces en movimiento;
los sonidos del temido

“¡Don! ¡Don!”. Seis.

fin. Mas no, es el gran inicio
-lo veo tan claro- de algo
enorme cual precipicio
para el que sólo yo valgo.

“¡Don!”. Otra. “¡Don!”. Otra más.

Me asomo. Está tan oscuro...
Dudo. Surge el traidor miedo.
Mas lo sé. ¡Que aquí conjuro
al borde de abismo un credo:

“¡Don!”. Nueve. Ya se acaba. “¡Don!”. Diez. Vamos, deja de llorar.

no es mi Destino esta acción,
no es un camino marcado!
Es locura, es mi elección
so Luna y cielo estrellado.

“¡Don!”. Once. ¡Don!”. Y doce. Feliz Año Nuevo, hijo...

Feliz Año Nuevo... Madre...

“... estés donde estés.”